

Capítulo I

*De cómo el Santiago del año de 1814 al de veintidós
no alcanza a ser ni la sombra del Santiago de 1860.*

¿Qué era Santiago en 1814? ¿Qué era entonces esta ciudad de tan aventajada estatura hoy para su corta edad, y que a las pretensiones más o menos fundadas de gran pueblo reúne aún las pequeñeces propias de la aldea?

Santiago de 1814, para sus felices hijos un encanto, era para el recién llegado extranjero, salvo el cielo encantado de Chile y el imponente aspecto de los Andes, una apartada y triste población, cuyos bajos y mazacotudos edificios, bien que alineados sobre rectas calles, carecían hasta de sabor arquitectónico. Contribuía a disminuir el precio de esta joya del titulado Reino de Chile hasta su inmundo engaste, porque si bien se alzaba sobre la fértil planicie del Mapocho, limitaba su extensión al norte el basural del Mapocho; al sur el basural de la Cañada; al oriente el basural del recuesto del Santa Lucía, y el de San Miguel y San Pablo al occidente.

Si la orla de Santiago era basura, ¿qué nombre podría cuadrar a los campos que arrancaban de ella, vista la índole apática y satisfecha de sus ceremoniosos hijos?

Solo el valle oriental del pueblo, merced a las aguas del Manzanares chileno¹ y a las de los cristalinos arroyos que surgen

¹ El río Manzanares atraviesa Madrid; es análogo al río Mapocho. [Nota de John Polt]

de los primeros escalones de los Andes, era un verdadero jardín, comparado con los yermos campos que se extendían al norte, al oriente y al sur de nuestra capital.

El llano de Maipo, verdadera hornaza donde el sol estival caldeaba sin contrapeso el sediento pedrero, solo ostentaba, en vez de árboles, descoloridos romeros, y en vez de pastos, el fugaz *pelo de ratón*.² Allí, según el poético decir de nuestros *huasos*, ni el canto de las diucas se escuchaba.

¡Quién, al contemplar la satisfecha sorna de nuestro modo material de hilar la vida hubiera podido adivinar entonces que, andando el tiempo, esos inútiles eriazos visitados por vez primera el año veinte por el turbio Maipo, época en que este río unió parte de su fecundo caudal con las escasas y siempre disputadas aguas del Mapocho, habían de ser los mismos por donde ahora brama y corre la locomotora al través de las frescas arboledas que circundan mil valiosas heredades rústicas, en cada una de las cuales la industria, el arte y las comodidades de la vida parece que hubiesen encontrado su natural asiento! ¿Quién hubiera imaginado que aquellos inmundos ranchos que acrecían la ciudad tras el basural de la antigua Cañada se habían de convertir en parques, en suntuosas y regias residencias, y lo que es más, que el mismo basural se había de tornar en Alameda de las Delicias, paseo que, sin ruborizarse, puede envidiarnos para sí la más pintada ciudad de la culta Europa? Milagros todos, hijos legítimos de nuestro inmortal 12 de febrero de 1818, época en la que, rota definitivamente la valla que se alzaba entre nosotros y el resto del mundo civilizado, nos resolvimos a campar por nuestra propia y voluntaria cuenta.

Pero no anticipemos.

² *Pelo de ratón* (*Trisetum phleoides*), de la familia de las gramíneas: «Planta del centro, tallo fistuloso, hojas con pelos suaves, espigas brillantes cuyas aristas parecen pelos» (Baeza 1930, 182).

Santiago, que veinticuatro años después de la época a que me refiero solo contaba con cuarenta y seis mil habitantes, visto desde la altura del Santa Lucía, parecía, por sus muchos arbolados, una aldea compuesta de casas quinta alineadas a uno y otro lado de calles cuyas estrechas veredas invadían con frecuencia ya estribos salientes de templos y de conventos, ya pilastrones de casas más o menos pretenciosas de vecinos acaudalados; cosa que no debe causar maravilla, porque la Iglesia y la Riqueza nunca olvidan sus tendencias invasoras.

Nuestra capital solo contaba con una recova³ y con una sola plaza mayor, en la cual se encontraban, junto con las mejores tiendas de comercio, la catedral, un convento de monjas, la residencia de las autoridades, el Cabildo y la inexorable cárcel pública que, a usanza de todos los pueblos de origen español, ostentaba su adusta reja de fierro y las pueras manos de los reos que asidos a ella daban audiencia a sus cotidianos visitantes. Era cosa común ver todas las mañanas, tendidos al lado de afuera de la arquería de este triste edificio, uno o dos cadáveres ensangrentados, allí expuestos por la policía para que fuesen reconocidos por sus respectivos deudos.

Desde la puerta de la cárcel, y formando calle con la que ahora llamamos del Estado, se veía alineada una fila de burdos casuchos de madera y de descuidados toldos, que con el nombre de baratillos hacían entonces las veces de las graciosas y limpias tiendecillas que adornan ahora las bases de las columnas del portal Fernández Concha. Tras aquellos repugnantes tendejones se ostentaba un mundo de canastos llenos de muy poco fragantes zapatos ababuchados,⁴ que esperaban allí la venida de los sábados para proveer de calzado a los hijos de las primeras familias de la

³ *Recova*: mercado. [Nota de Alfonso Calderón]

⁴ *Zapatos ababuchados*: también llamados *chapín*, calzado ligero sin suela que se usaba para desnudarse o vestirse (Salvá 1846, 321).

metrópoli, porque parecía de ordenanza que a esos jovencitos solo debía durar una semana un par de zapatos de a cuatro reales el par.

En vez del actual portal Fernández Concha, existía una baja y oscura arquería donde estaban colocadas las tiendas de más lujo, verdaderos depósitos de abasto en los cuales encontraba el comprador, colocados en la forma más democrática, ricos géneros de la China, brocados, lamas de oro, *gafetas*, zarazas, lozas y cristales, cuentas para rosarios, chaquiras,⁵ juguetes para niños, cuadros de santos, coheteitos de la China, azúcar, chocolate, yerba, quincalla y cuanto Dios crio, alumbrado de noche con velones de puro sebo colocados en candeleros de no menos puro cobre, con su obligado séquito de platillos, de despabiladeras⁶ y de chorreras de sebo.

En medio de aquella plaza, que así servía para las procesiones y para las corridas de toros como para el lucimiento de las milicias, se veía un enorme pilón de bronce rodeado siempre de aguadores, que después de llenar con mates (*calabazos*) los barriles de sus cabalgaduras proveían de agua potable a la población; y a uno y a otro lado, con frecuencia una o dos horcas para los ajusticiados, sin que su tétrica presencia desterrase ni por un instante de aquella aristocrática plaza la fatídica y permanente estaca que llamaban «rollo».⁷

Valdivia ni soñó siquiera con la probable altura que, con el tiempo, debían alcanzar las casas de la capital cuando su recto trazado ejecutaba, puesto que sus calles, de regular anchura para casas de un solo piso, ya son angostas para casas de dos, y bastaría un piso más para que quedasen condenadas a perpetua sombra.

⁵ *Gafetas*: broche de metal de dos piezas. *Zaraza*: tela de algodón estampada. *Chaquiras*: cuentas, mostacillas.

⁶ *Despabiladeras*: pequeñas tijeras empleadas para apagar una vela o candil, al cortar la parte quemada de la mecha (pabilo).

⁷ *Rollo*: columna de piedra, por lo general rematada con una cruz, que antiguamente señalaba jurisdicción (Alemany y Bolufer 1917, 1465).

Gozaban las casas de patios, de corrales y de jardines; todas ostentaban, por entrada, enormes portones, en cuyas robustas manos lucían filas de abultados pernos de cobre para aumentar su solidez; y a ninguna de aquellas que pertenecían a magnates hacía falta, a guisa de adorno coronando el portón, un empingorotado mojinete triangular, en cuyo centro se veían esculpidas las armas que acreditaban la nobleza de sus respectivos dueños.

Todavía el lujo extranjero ni pensaba invadirnos; así es que los salones de nuestros ricos-homes⁸ solo ostentaban lujo chileno; en vez de empapelado, blanqueo; en vez de alfombra de tripe cortado, estera de la India o alfombra hechiza que ocupaba solo el centro del salón y dejaba francos los lados de la pared para los asientos, cuya colocación concordaba con las rígidas apariencias morales propias de aquel entonces; porque los destinados a las señoras se colocaban siempre en el costado opuesto a aquel donde solo debía sentarse el sexo masculino. Dedúcese de esta poco estratégica colocación para las amorosas batallas la mutua angustia de los enamorados, aunque es fama que ellos se desquitaban después, ya por entre las rejas de las ventanas que daban a la calle, ya por sobre las bardas de las paredes de los corrales. Por lo demás, mesas de maderas con embutidos de lo mismo, junto con sus blandones de maciza plata, ostentaban imágenes religiosas, pastillas adornadas del Perú, pavos de filigrana de plata, y mates, manserinas, sahumadores y pebeteros del mismo metal.⁹ El adorno de las paredes se reducía a uno o dos espejos con marcos de recortes de espejitos artísticamente acomodados, uno que otro cuadro del santo de la devoción de la familia, y tal cual espantable retratón de algún titulado antecesor hecho por el estilo del buen Josephus Gil.¹⁰

⁸ *Rico-home*: antigua denominación para los nobles españoles. [Nota de Narciso Binayán]

⁹ *Blandón*: candelero grande. *Manserina*: artesa para recibir jugos. *Sahumadores* y *pebeteros*: recipientes para quemar perfumes.

¹⁰ *Josephus Gil*: José Gil de Castro y Morales (1785-1843), llamado Mulato Gil, retratista peruano vecindado en Chile durante 1807-1820. Retrató a los héroes de la Independencia y a la alta sociedad chilena.

El alumbrado de todo el retablo se hacía con velones de sebo, y en los inviernos se templaba el aire del salón con brasas de carbón de espino colocadas en un poderoso brasero de plata maciza con su guapa tarima en medio del aposento.

Las familias menos acomodadas ostentaban en sus salas de recibo el mismo lujo que las ricas; pero en menor escala, porque salvo la presencia del pianoforte, muy escasos entonces, o la del clave, instrumentos que el pobre suplía con la guitarra arrimada a la pared, y la de la alfombra entera, que el pobre suplía también con una tira de jergón colocada sobre una tarima bajo la cual se sentía el retozo de algunos *cuisitos*,¹¹ ver una sala de recibo bastaba para poder dar a las demás por vistas.

No sucedía lo mismo con el lujo exterior, cuyo símbolo principal era la calesa, pues semejante carruaje solo por nobles era usado. Este espantable vehículo, con ruedas por detrás, con una fila de clavos jemales¹² enhiestos en la tabla que les servía de unión, para evitar que los niños de la calle aumentasen con su peso el abrumador del armatoste, con sopandas de cuero, con llantas a pedacitos sujetas en las camas con monstruosos estoperoles, era para la gente acomodada arca de Noé tirada por una sola mula, sobre la cual, para mayor abundamiento, se arrellanaba el auriga, zambo gordo, con su correspondiente poncho y sombrero guarapón.¹³

Las calles que atravesaba dando coscorriones este digestivo vehículo, en vez de convexas, eran cóncavas, y por su centro, orillado de pedrones, corrían regueros del Mapocho.

No carecía de chiste lo que llamaban alumbrado público. Consistía este en un farol que la policía obligaba a costear a cada uno de los vecinos del buen Santiago, para que, colgado en el

¹¹ *Cuicitos*: cuyis o cuyes.

¹² *Clavo gemal* o *bellote*: clavo de unos 20 cm de largo y 1 de grueso, de cabeza parecida a la cúpula de la bellota.

¹³ *Guarapón*: sombrero de ala ancha usado en el campo. [Nota de Manuel Rojas]

umbral de la puerta de la calle, alumbrase con una velita de sebo algo siquiera de las solitarias calles, en las primeras horas de la noche. Mas, como la policía no fijaba ni la clase de farol ni el tamaño de la vela, faroles de papel y agonizantes y corridos cabitos de sebos lanzaban desde muchas puertas una mezuquina y opaca luz sobre las no muy limpias veredas que tenían al frente, y digo no muy limpias porque, si medio siglo después aquellas garitas de aseo que bautizó el pueblo con el nombre de *chaurrinas*¹⁴ no fueron aceptadas, dejo al lector deducir lo que sería el tal aseo medio siglo antes. Así es que para evitar indecentes encuentros, las damas que salían a visitar de noche iban siempre precedidas de un sirviente que, armado de un garrote y provisto de un farol, se detenía a cada momento, ya para alumbrar el pasaje de las acequias que corrían a cara descubierta por el medio de las calles derechas, ya para hacer lo mismo en el de las subterráneas de las atravesadas,¹⁵ cuyos desbordes, que llamaban tacos, inundaban con asquerosas avenidas trechos extensos de la vía pública.

Pero no se crea que porque hablamos de garrotes y de farolitos pretendemos sentar que la capital del Reino de Chile carecía entonces de policía nocturna de seguridad: porque esa policía existía y con el curioso nombre de Serenía, así como sus soldados con el de serenos; si bien hasta ahora nadie ha podido adivinar si este nombre proviene del sereno que cogía el guardián en las noches claras o bien de la serenidad con que aguantaba los aguaceros en las noches turbias. El sereno, a su privativa obligación, reunía la de asustar al diablo y la de ser el reloj y el barómetro ambulante del pueblo. Oíanse a cada rato, en las silenciosas horas de la noche, los desapacibles berridos de estos guardianes, quienes, tras un destemplado y estrepitoso «¡Ave María Purísima!»,

¹⁴ *Chaurrinas*: «Así llama el vulgo de nuestra capital las letrinas públicas que en el paseo de las Delicias hizo construir don Francisco Echaurren cuando fue intendente y que tenían el letrero de ómnibus (para todos)» (Román 1908-1911, 23).

¹⁵ Se llamaba derechas a las calles que siguen el sentido de la Alameda (este-oeste); atravesadas a las que la cortan (norte-sur). [N. de N. B.]

gritaban la hora que sonaba el histórico reloj del templo de la Compañía, y enseguida el estado atmosférico.

Un día, después de recorrer las casas del barrio, entró en la de mis padres, con gran séquito de muchachos y de curiosos, una bandeja que bajo una añascada¹⁶ servilleta ocultaba en su centro un misterioso bulto. ¿Qué podría ser aquello? ¿Por qué se daban tanta prisa en santiguarse las beatas al aproximarse a la bandeja? ¿Qué otra cosa había de ser sino que allí estaba en el cuerpo y alma el mismísimo zapato del diablo, con sus clavos gastados, su talón caído y su azufrado aliento! Decía la crónica de entonces que la noche anterior, al atravesar el diablo la plazuela de la Compañía, caballero sobre otro diablo introducido en una yegua tuvo tal susto al oír un inspirado «¡Ave María!» que le disparó un sereno al cantar la hora, que sobrecogido perdió los estribos, y que al volar maldiciendo y dándose asimismo calle abajo se le había caído aquel zapato.

Exhibiciones que tan a lo vivo como esta manifestaban el estado de inocente credulidad en que nuestro pueblo se encontraba en la época colonial no eran escasas; pues yo recuerdo haber visto, después de la batalla de Chacabuco, otra bandeja igualmente andariega y misteriosa, en la cual, en vez de un sucio chancletón, se veía un celemín¹⁷ de colitas de marrano, que pasaban por apéndices traseros cortados por nuestros soldados en el fragor de aquella refriega a los sarracenos, nombre que también se daba entonces a los militares peninsulares.

Pero, si es cierto que Santiago no gozaba de aquellos regalos ni de aquellas comodidades que constituyen lo que los ingleses llaman *comfortable*, también lo es que a medida que hemos ido entrando en ellas, hemos ido perdiendo aquella manifiesta y leal

¹⁶ *Añascar*: embrollar, enredar.

¹⁷ *Celemín*: medida de áridos (granos, semillas, etc.) correspondiente a aprox. 4,6 litros (Domínguez 1853, 453).

confraternidad, aquella envidiable franqueza que desplegaban los dueños de casa para con las familias amigas o desconocidas que venían de otro barrio a avecindarse en el suyo; pues al recado de felicitación se unía siempre el ofrecimiento de la paila y de la jeringa. Esta confraternidad subía de punto para con los deudos y convidados, sobre todo a la hora de comer. La dueña de casa, a poco de principiar la comida, buscaba solícita en su propio plato o en el de aceitunas, que nunca hacía falta en la mesa, un apetitoso bocado, y elevándolo con su propio tenedor, se lo ofrecía con gracioso ademán al convidado, quien, haciendo con presteza otro tanto con su tenedor, devolvía a la dama la fineza con un cortés saludo. Cuando se servía algún guiso o alguna notable confección culinaria, al momento el dueño de casa se acordaba de aquel de sus amigos o parientes que más gustaba de este bocado. Y en el acto, colocado en una fuente con tapa un buen trozo del apetitoso manjar, cubierto todo con una añascada y limpia servilleta, caminaba para la casa del favorecido. Pero esto nada era en comparación del recado que acompañaba el obsequio, recado que era, es y será mientras vivan hombres en el mundo la quintaesencia de todas las finezas habidas y por haber. Decía así: «Mando a usted ese bocado porque me estaba gustando». Ese *me estaba gustando*, que tampoco se usa en el día en parte alguna, por lo difícil que es al hombre traducir en hechos su significado, se usaba entonces en Chile: y a fe que si el buen Víctor Hugo le cogiese a mano, si para traducir el sentido de la porquería que dijo el irritado Cambronne¹⁸ empleó páginas enteras, para el *me estaba gustando* escribiría tres tomos.

El bello sexo santiagueño del año catorce merecía, sin ser tan artificioso en su atavío como lo es el del día, el nombre de bello que siempre le ha sentado.

¹⁸ Pierre Jacques Étienne Cambronne (1770-1842), general napoleónico famoso por su negativa a rendirse ante el ejército inglés en la batalla de Waterloo. Su respuesta a la oferta del general Colville habría sido un inequívoco «Merde!». Víctor Hugo relata la escena en los capítulos XIV y XV de *Les misérables*.